



MANGELINA

REVISTA INFANTIL



SAN JOSE, COSTA RICA

1936



5 6 7 8 9

1				
2				
3				
4				

HORIZONTALES

- 1.—Lugar que sirve de habitación. Pl.
- 2.—Mamífero plantigrado. (diminutivo)
- 3.—Form. Verbal Matar. Pres. Subjunt.
- 4.—Hombre pequeño.

VERTICALES

- 5.—Forma verbal del verbo Comer.
- 6.—Forma verbal del verbo Asar.
- 7.—Adjet. que indica colocado en sitio.
- 8.—Forma verbal del verbo que indica lo mismo que amarrar.
- 9.—Forma verbal del verbo que indica hacer ruido.

ADIVINANZAS

Una vieja arriscadilla,
detrás tiene la tranquila.
Y te voy a llamar bobo,
si no me aciertas del todo.

En Francia fuí fabricado,
en América fuí vendido,
por todas las damas pretendido
y por los sastres buscado;
si me prenden voy prendido
y si no, ya estoy perdido.

Tres sílabas sólo tiene
este noble vegetal,
con la prima y la tercera
todos juegan al billar.

De qué llenaríamos un tarro para
que pesase más vacío que lleno.

Molestando hasta lo sumo
no te dejo sosegar;
huyo de ti con mis saltos
y no me puedes pillar.

Tapete sobre tapete
de una tela superfina;
pero que no lo adivinas
aunque te metas en la cocina.

Blanca como la leche,
negra como la pez,
habla sin tener boca
y anda sin tener pies.

*(Las soluciones en
el próximo número)*

Señor Maestro:

¿Quiere obtener su certificado Elemental o Superior?

Escriba al Apartado 148. Le daré informes. Cualquier libro que Ud. necesite lo obtendrá pidiéndolo al Apartado 148

ANGELINA

REVISTA INFANTIL

PRECIO ₡ 0.15

Año I

San José, Costa Rica, 1º Abril de 1936

No. I

Nuestras Escuelas

Hermoso edificio en donde se forja el carácter de nuestros futuros ciudadanos



Levantado en memoria del prócer costarricense, Don Juan Rafael Mora «don Juanito» como lo llamaban nuestros abuelos.

Nació el 8 de Febrero de 1814. Gobernó desde 1849 a 1859. Le tocó defender nuestra Soberanía contra la invasión de los filibusteros del 1856 y la defendió varonilmente. Murió el 30 de Setiembre de 1860.

La Huida de la Escuela

Decididamente soy un muchacho muy malo. Claro que yo podría callarme esto que me ha ocurrido, pero prefiero presentarme tal cual soy, porque los más feos pecados son la hipocresía y la mentira.

¡Me he huido de la escuela! Lo digo así bien alto, para que me oí-

gan bien todos, sin escaparse uno..

Al llegar cerca de la escuela me encontré, desgraciadamente, con el terrible Pedro, que es el más grande compañero de la clase.

—¿A dónde vas, Chachito? me preguntó.

—y... A la escuela. Y voy de pri-

sa porque tengo que repasar la lección de Geografía.

—¿No la sabes?

—No, y tengo miedo de que me pongan un cuatro más grande que una casa.

—Esto te pasa por pavo—me dijo.

—¿Y qué quieres que haga?

—Lo que yo: ¡fugarte de la clase!

Rechacé, indignado, la proposición de Pedro y éste comenzó a burlarse de mí, llamándome cobarde, niño mimado, pollerita, y qué sé yo cuántas cosas más, y diciéndome que me fuera a esconder porque me iba a comer el hombre malo.

No sé que nube pasó por mi cerebro; el caso es que, al verme tratado de aquel modo me sentí heroico y decidido, le dije:

—El niño mimado, el pollerita y el cobarde lo serás tú. A todo lo que tú te atrevas, me atreveré yo.

Y como os lo cuento, hice la huída.

Al alejarme de la escuela me parecía que la fachada tomaba el aspecto de un rostro humano, y la boca, que era la puerta, me gritaba:

—¡Cachito, ven!.. Deja ese holgazán y ven con tus compañeros que están trabajando para hacerse hombres de provecho el día de mañana.

¡Cachito, piensa en el disgusto que darás a tus padres!

Estuve tentado de volver, pero el temor de aparecer de cobarde, ante el grandulón de Pedro, me hizo desoír los gritos de mi conciencia.

—¿A dónde vamos?—pregunté a mi compañero.

—A la poza.

—Preferiría ir a la Sabana.

—¡Qué!.. hay que pasar calles anchas, con mucha gente, y nos podrían ver. Vamos a la poza que de

"ANGELINA"

Revista Infantil - Precio: 0.15 cts.

Editor: José Antonio Echeverría C.

APARTADO 148 - SAN JOSE, C. R.

mañana es solitaria y es mejor para divertirse.

Desde aquel instante comenzó mi sufrimiento. El temor de Pedro me invadió por completo y todas las personas que me encontraba me parecían ser mi padre, el profesor o algún conocido que pudiera contar mi encuentro. Al volver una esquina me tropecé con un señor. Cuando pasó creí observar que me miraba burlónamente. ¿Me conocería? Su cara no me era desconocida. ¿Quién será? ¿Por qué me miraba con burla? Seguramente es un amigo de papá y va a descubrirme. Más allá oigo que me llaman y un estremecimiento recorre mi cuerpo. debo estar blanco como la cera. Han dicho ¡Cachito! no me cabe duda; vuelvo la cabeza y veo a un hombre que repite: ¡Cachito! llamando a un hijo suyo.

Llegamos a la poza y allí nos preguntamos:

—¿Y ahora, qué hacemos?

No se nos ocurre nada. Un viento molesto se nos cuela por las ropas hasta los huesos. El grandulón de Pedro saca del bulto una flecha y empieza a tirar contra los pobres gorrioncitos que revolotean tranquilamente en las ramas de los árboles.

De pronto me asalta una duda:

¿Qué hora será? ¿Qué diré si llego a casa después de las doce, que es la hora que acostumbro?

Convenzo a Pedro y regresamos al centro con tan mala fortuna que

comienza a llover a cántaros. ¡Y nosotros sin paraguas!

Mientras corro, se me presenta en la imaginación, la clase de Geografía, tan abrigada, y allí, los alumnos, mis compañeros y don Fermín el bondadoso maestro, mirándolos paternalmente, a través de sus gafas.

Sin despedirme de Pedro, llego a mi casa, y en la escalera noto que me faltan mis libros. ¡Los he dejado en la poza!

Estoy empapado y lleno de barro.

Entro en casa y, ¡menos mal! nadie me dice una palabra. No obstante, algo noto en los semblantes que me preocupa. Me siento y me pongo a hojear un libro, fingiendo que lo leo, mirando de reojo a mamá. Observo que enjuga una lágrima.

¿Sabrá algo? Llega papá y parece como si no me viera. Voy obser-

vando que miro las cosas como a través de un velo; es que tengo los ojos húmedos por las lágrimas que procuro contener. Un nudo horrible me oprime la garganta.

Ya no veo nada, ni siento nada, y me pongo a llorar desesperadamente.

Al fin se aclara todo. Mis padres sabían ya mi mala acción, por una nota que recibieron de la escuela. Como son tan buenos me perdonan el gran disgusto que les hice pasar.

La reprimenda que recibí más tarde, no obstante, fué mayúscula y no la olvidaré nunca...

No volveré a faltar a la escuela. ¡No lo hagáis nunca amiguitos! os lo aseguro que es una cosa muy desagradable, que sólo hace vivir momentos de ansiedad y de hondo remordimiento.

Aforismos

El niño aprende sólo de aquel a quien ama.

El Demonio es una creación de los que no pueden enseñar sin castigar.

El mejor medio para hacer niños buenos, es haciéndolos felices.

Los niños no necesitan críticas, sino modelos.

Para los niños: el ejemplo, siempre el ejemplo.

Camino libre para el educador, libertad para el niño.

El secreto de la educación consiste en respetar al niño.

Antes que esclavo prefiere morir.

No seas tirano de nadie, ni siquiera de tu perro.

No seas esclavo de nadie ni siquiera de tu amigo.

Cuando perdonas a un enemigo, te creas muchos amigos.

No veas en tu enemigo más que un amigo extraviado.

Ay!! Qué pereza...

si no es un
libro de la



Agencia
General

de PUBLICACIONES

que está frente a La Alhambra

TEL. 3234

APT. 1348





Recitemos

Cuando la campana toca,
se me ensancha el corazón,
y a la fila me encamino
sin menor vacilación.

Luego a mi salón yo subo
mis tareas ya comienzan,
y al tocar las once y media
todos los trabajos cesan.

Almorzar voy a mi casa
cuando la campana suena,
y de nuevo a comenzar.
Viva, viva nuestra escuela
que nos hace trabajar.

Recitación para Primer Grado

EL ZAPATERO

Zapatero, zapatero,
que golpeas ese cuero,
tipi tin, tin tan.
Si me arreglas los botines
te daré chokolatines,
tipi tin tipi tan.

Zapatero, zapatero,
deja ya de golpear
se va a romper el cuero
y me vas a reventar.
Tipi tin tipi tan.

Recitación para Segundo Grado

SOLDADITOS

Somos todos soldaditos
de pequeña infantería,
dirigimos nuestros pasos
a la escuela cada día.

Recitación para Tercer o Cuarto Grado

COMO QUISIERA SER

Quisiera ser como la luz tranquila
que alumbra sin quemar,
y que todos bendicen en la tierra,
porque la vida y el contento da.

Quisiera ser como esos pajarillos
que entonan su canción,
para alegrar el corazón doliente
y consolar al triste en su aflicción

Quisiera ser como la flor que vierte
su aroma celestial
y poder, junto al lecho del enfermo
derramar esperanza y dulce paz.

Quisiera ser en fin un ser bendito
que aliviara el dolor
del anciano, del huérfano, del triste
y del que gime en lóbrega prisión

BARRIO "LA DOLOROSA"

Señora.

"LA ALCANCIA" *Pulpería de abarrotos y artículos de primera necesidad;*

le ofrece mercadería de buena calidad a Precios bajos

Pará sus niños le ofrece cuadernos con el rayado especial

Margot

De una composición de Juan de Dios Peza

PERSOMAJES.

El padre.

Inés, niña de 12 años.

Juan, niño de 10 años.

Leonor, niña de 8 años.

Margarita niña de 7 años.

DECORACIÓN: La escena en una sala lujosamente amueblada.

Padre.

Según me ha dicho el maestro los cuatro pasáis de grado y obsequiaros he pensado premiando el esfuerzo vuestro.

Inés.

Papá, yo quiero juguetes de los más lindos que haya...

Leonor.

Que graciosa.

Juan.

Vaya, vaya, no es tonta, no.

Inés.

Meteretes.

Padre.

Dí lo qué quieres Inés?

Inés.

Papá: sólo quiero una cuna, un armario de luna y una alfombra...

Juan.

(irónico) o dos...

Leonor.

(irónica) o tres... *(risas)*

Juan.

Pues yo, papito, yo quiero: sólo un fusil, un cañón, una pistola, un bastón, un sable, un cinto de cuero, una lanza, una bandera, una coraza, una bola, alguna caramañola, un kepis, una cartuchera...

Inés.

Nada pide...

Padre.

No está mal...

Inés.

Tú te asustabas de mí y has pedido para ti casi todo un arsenal.

Padre.

Y tú, querida Leonor?

Leonor.

Pues yo quiero, pues únicamente una lámpara, una fuente,

**Coma
Melcochas**

"La Estrella"



Fábrica de Melcochas

Premiada con Medalla de Oro en
el Gran concurso Nacional
1930.

Establecida en 1915

Calle 10. Frente al Teatro Adela

TELEFONO 2909

APARTADO 973

muebles para el comedor,
dos cuadros, cuatro cortinas,
dos sartenes, un brasero,
Dos candiles, un plumero,
y un gallo con sus gallinas.
Un ratón de cuerda, un gato,
un...

Padre.
Basta ya. ¿Y Margarita?
¿por qué callas, mi chiquita?

Inés.
Déjala que piense un rato...

Juan.
Bah, si de todas maneras
no va saber que pedir...

Leonor.
Es incapaz de elegir...

Margarita.
Yo papá lo que tú quieras...

Padre.
Pide también alma mía,
que yo llenaré tus manos...

Margarita.
Ya pidieron mis hermanos
toda una juguetería.

Padre.
¿No quieres nada?

Margarita.
No.

Padre.
Algo pide.

Margarita.
Y, si está pobre,
lo que dejen, lo que sobre:
eso me lo llevo yo.

Padre.
Pobrecita, pobrecita.
sé siempre así Margarita;
bondadosa resignada;
ninguna ambición alientes:
Acepta pobres presentes,
pero, nunca pidas nada.

CAE EL TELÓN

¡¡Ojo!!



Mucho ojo y tacto debe tener al hacer sus compras,
para que no lo engañen. Esto no lo necesita si
hace sus compras en el tramo de

SITUADO al lado Norte del Mercado Central

TOMAS

En donde encontrará todos los artículos de Primera
Necesidad. Además: *Picaduras, cigarrillos, puros, y*
TABACO EN RAMA DE LA MEJOR CALIDAD

Este negocio está atendido personalmente por su
dueño. Visítenos y saldrá satisfecho.

Venta de tabaco en rama y elaborado al por mayor

TOMAS ECHEVERRIA C.

El Farolero



Hace muchos años, cuando había en Alajuela sólo faroles con lámparas de canfín en las esquinas de las calles, conocimos un viejecito llamado Toribio Jara, alto, delgado, moreno, vestido de camisa blanca, pantalón azul, ceñido con banda roja. Llevaba siempre una escalera pequeña, un galón de aceite, un embudo y un trapo de limpiar los tubos de las lámparas y los vidrios de los faroles.

En otra tiempo debió desempeñar las funciones de sereno, porque aún continuaba atendiendo el servicio del alumbrado público: encendía los faroles al oscurecer y los apagaba al salir el sol.

Tenía el espíritu de justicia conaturalizado con su persona seguramente por herencia y por hábito, de tal modo, que siempre separaba a los muchachos que reñían a la salida de la escuela; y en una pelotera estudiantil bastaba con decir: «allí viene ñor Toribio» para que cada cual tomara el camino de su casa por la vía más corta.

Sin embargo, todos los chiquillos de la vecindad lo querían y respetaban porque hacía trompos,

boleros de carrucha, yugos y carrretas para bueyes de olote, que les obsequiaba, amén de algunas frutas de su casita propia.

Una mañana, a la hora de almuerzo, le contamos a mi padre lo que hacía ñor Toribio. Extrañados de que sin pertenecer a personal de la escuela, ejerciera las funciones de celador callejero

—Así ha sido siempre, replicó mi padre; en mi tiempo hacía lo mismo que hoy: una vez en una de esas peloteras, castigó al mayor de nuestros compañeros, vecino del Llano, porque estaba pegándole a otro más pequeño y porque después de separarlos trató de emprender la riña a pedradas con el mismo ñor Toribio

—«Anda, viejo seco, vos vas para abajo y yo voy para arriba algún día me las pagarás.»

Dijo el llanero y se alejó llorando. Su padre lo supo y le dio las gracias a ñor Toribio, como era costumbre en aquellos buenos tiempos; pero el muchacho jamás se la perdonó.

Pasaron algunos años y cuando el llanero fué ya hombre, durante las fiestas de la Concepción buscó a ñor Toribio en la plaza de la Agonía, para desquitarse del antiguo vapuleo.

—Mi padre calló un momento
—¿Y que resultó? preguntamos con interés.

Que el viejecito, contestó mi padre, así como ustedes lo conocen, cogió un cabo de bejuco con que habían amarrado las barreras y le volvió a castigar por vengativo.

Angel o Diablo?

MONOLOGO



Señores:

soy un artículo fuera de concur-

Me presento aquí para hacer una pregunta a Uds., Es una duda que me interesa aclarar.

Yo... Soy un ángel o soy un diablo?

Como sé que entre las alas y los cuernos hay bastante diferencia, piensan, pues, por favor, que alguien me dé una explicación.

Uds. desearán saber el motivo que me detiene en tal preocupación. Voy a seguir seguida a decirlo:

A menudo mis padres me hacen preguntas acerca de lo que aprendo en la escuela, una cosa... así... como un examen. Si contesto bien mi mamá se vuelve loca de alegría, me abraza y me dice: «muy bien, eres un angelito», y mi papá, acariciándose la pera exclama (*con voz gruesa*) «es verdad, este chico es un diablo: aprende todo lo que quiere.

¡Ahora, pues... digo yo!: Entre el «angelito» de mi mamá y el «diablo» de mi papá... yo... en qué me quedo?

Por ejemplo... al lado de mi casa hay una anciana muy pobre, viuda de un veterano de la patria; dos o tres veces por semana voy a verla, llevándole... moneditas, chocolate... y ella, ¡la pobrecita!, me mira con dos ojos que me parecen una caricia, y me dice: «gracias nene». Ud. es un ángel; Dios le devolverá todo el bien que me hace. Luego, cuando vuelvo a mi casa, mi mamá, que no viéndome se había puesto inquieta, me reta: ¡pero chico tú eres un diablo: no puedes quedarte un rato en casa!

Tengo mis tíos en Puntarenas. El otro domingo, mi tío escribió una carta a mi papá y entre otras cosas puso: «dale un beso a aquel diablillo de Armando», y mi tía escribió debajo de la firma de mi tío: «Ya llegan las vacaciones y estoy deseando ver ese angelito de Armando».

Pero... (*contrariado*) Ese Armando que es «diablo» para uno y «angelito» para otro soy yo... siempre yo.

Como se explica esa contradicción.

(*Tocándose las espaldas*) «alas»... no las tengo.

(*Tocándose la frente*) «cuernos»... tampoco. Así que, por el exterior no se puede juzgar. Vamos a ver lo moral (*despacio*).

Yo... quiero mis padres, amo a mi patria, no me pesa el trabajo, ni

Los Ojitos, Es el título de un bello monólogo que junto con

«Gente importuna» y «Los sordos» harán la delicia de los lectores de

«ANGELINA»

el estudio; en fin, hago todo lo posible por cumplir con mis deberes y esto me pone, por supuesto en la clase de los angelitos. Por otra parte... (*Un poco intencionado*) Confieso que me gusta jugar, desobedecer quizás a mi mamá, hacer rabiar a la señorita maestra de mi clase... jugar alguna broma a mis compañeros... y heme ahí en la categoría de los diablos.

Por consiguiente estoy a oscuras.

Uds., señores, pueden satisfacer mi curiosidad. Hice, muy sincero, mi confesión. Si Uds. creen que yo soy un ángel (*ademán relativo*) regálenme algunos aplausos. Pero si por desgracia me consideran un diablo... (*muy resuelto*) no digan nada: ya habré comprendido igualmente.

Ojalá se... coma los faisanes



Ferrante Alvaro de Torres encontró a su colega Luigi Antonelli, cargado de un gran paquete.

—¿Dónde vas? —preguntó de Torres.

—A comer con el crítico Tal.

—¿Y qué llevas en ese paquete?

—Dos faisanes—y para explicarse agregó—Antonelli—La última vez que ví al crítico, me dijo: «Daría la mitad de mi vida por un faisán». Y ahora le llevo dos...

ANASTASIO ALFARO

Prosista y cultivador sincero de las ciencias. Ha publicado varios libros.

Nació don Anastasio en la provincia de Alajuela el 16 de Febrero de 1865. Es Pasante de Abogado y Notario Público. Actualmente se dedica al profesorado de Ciencias Naturales en los Colegios de la República.

TANTA REBAJA



Mark Twain entró a una librería, escogió un libro y preguntó por el precio del mismo.

—Cuatro colones, señor — le contestó el vendedor.

—Está bien. ¿Pero cómo periodista tendré un descuento?

—Cómo no, señor...

—¿Y el hecho de que yo sea autor, no vale otra rebaja?

—Ciertamente.

—Además soy accionista de esta sociedad. ¿Vale otro descuento?

—Indudablemente.

—Debe Ud. saber que yo soy Mark Twian.

—No faltaba más.

—¿Cuánto le debo, entonces por el libro?

—Nada, señor, somos nosotros quienes le debemos ochenta céntimos.

LA MONEDA VOLVEDORA

(CUENTO)



Los cuatro hermanos vivían con el padre, ya muy viejo, tan viejo que hacía años que no podía trabajar.

Los cuatro hermanos labraban la tierra, la sembraban, cosechaban y vendían lo cosechado, siempre en buena armonía y cariñosos con el anciano padre, cuyos últimos días endulzaban con la ternura y la rectitud que merecía una existencia consagrada al trabajo.

Cuando el anciano comprendió que iba a morir, les dijo:

—Hijos míos, termina ya mi jornada en este mundo, y os pido que continuéis siendo honrados y trabajando. Voy a entregarle a cada cual la herencia. Para hacerlo así he dividido la tierra en tres partes, que valen exactamente lo mismo, para los tres mayores. En cuanto a ti, Sildio, que eres el menor, te dejo solamente esta moneda de oro, que fué lo primero que poseí y que constituyó la base del bienestar que disfrutamos... Quizá te parezca poco, y, en tal caso, te pido que lo digas.

Sildio tomó entre sus manos las de su padre, las besó y dijo:

Padre mío: Siendo tu voluntad, a mí me parece lo mejor y lo que más me conviene.

—Repara, sin embargo,—aclaró el padre,— que toda la tierra pasa a ser de tus

hermanos y que a ti sólo te dejó esta moneda.

—Así es—dijo el mayor.—Nosotros seremos ricos y tú pobre.

—Pobre o rico, me sentiré muy dichoso, puesto que tal ha sido la voluntad de un padre al que debo cuanto soy. No se hable más de esto. ¡Dame esa moneda, padre mío! Creo que me das cuanto me corresponde. Sé que tu reparto es bueno y justo, puesto que tú lo haces.

Murió el padre, repartiéronse los tres hijos mayores la tierra, y Sildio se despidió de ellos, yendo hacia otra región con el propósito de labrarse un porvenir.

En el camino, Sildio sintió hambre y entró en una fonda. Le dolía gastar del único dinero que poseía. Pero la necesidad le obligaba a hacerlo.

EL CONTENIDO DE LA CAJITA

Comió, pues, y, para pagar, sacó de un bolsillo la pequeña cajita en la que el padre le había entregado la moneda. Allí estaba ésta, en efecto. Era de tamaño mediano, muy brillante. Debajo de ella, encontró Sildio un papelito, en el que leyó:

“Usame con discreción,
solo por necesidad,
y jamás por vanidad
ni por mezquina ambición.

No hables con nadie de mí,
ni me des al desvalido,
ni engañes al afligido,
y yo velaré por tí.”

Sorprendido quedóse Sildio al leer tan singulares versos. Volvió a leerlos muchas veces, y cada vez era mayor la sorpresa y la dificultad para entender aquello.

—Está bien—se decía—que la use con discreción y sólo por necesidad; está bien

que no hable a nadie de ella; pero, ¿qué significa que no engañe al afligido?... ¿Qué quiere decir esto?

Largo rato permaneció Sildio preocupado, sin atinar a comprender bien esos versos.

—Aquí dice—pensaba—que la use; si la uso, la gasto; si la gasto, desaparece para mí, no la veré nunca más... ¿Qué sentido tienen los otros consejos?...

En la imposibilidad de aclarar el problema, deploró, primeramente, haber satisfecho su hambre; luego se dijo que sin comer no podía vivir y que en un caso más grande de necesidad no era posible que se le presentara; finalmente, llamó al dueño de la fonda y, con inmensa pena, le entregó la moneda.

—¡Qué linda es!—dijo el fondero—, ¡y cómo brilla!... Un momento, y le traeré a usted la vuelta.

Volvió el fondero, entregó el cambio a Sildio, y prosiguió éste su camino.

LA MONEDA VUELVE A SILDIO

Quizá no había andado un cuarto de hora, siempre preocupado con los versos, cuando sentóse en el suelo y, para leerlos otra vez, extrajo el papelito, y con el papelito la vuelta, para contar bien lo que le quedaba en dinero, desmayándose casi al comprobar que entre las monedas que le habían devuelto estaba la moneda de oro de su padre.

—¡Ahora comprendo!—exclamó Sildio en alto voz. —¡Sólo un milagro como éste explica el misterio de estos versos y el curioso reparto que hizo mi padre de sus bienes!...

Largo rato permaneció Sildio con las monedas y los versos en las manos, y con los ojos llenos de lágrimas.

Al fin reanudó la marcha, caminó hasta que fué casi de noche y entró, para comer y dormir, en otra fonda.

Al día siguiente, antes de partir, pagó el hospedaje con la moneda de oro, y se fué con la tremenda ansiedad de comprobar si se repetiría el milagro.

LA MONEDA VUELVE A PODER DE SILDIO

En efecto, después de andar un trecho semejante al anterior, extrajo todo el dinero del bolsillo y, estupefacto, vió que entre dicho dinero brillaba la moneda de oro de su padre, cual si no la hubiera entregado al posadero.

Pero el posadero, advirtiendo la falta había salido en pos del huésped y, al distinguirlo desde lejos, iba corriendo hacia él, con ademanes y gritos.

Se detuvo Sildio. Y el enojado posadero, acercándose, vociferó:

—¿Quién eres? ¿Eres un ladrón o un brujo?... ¿Dónde está mi moneda?...

—No se aflija,—exclamó Sildio.—Le pagaré de nuevo con monedas de plata.

Abonó, en efecto, y el posadero se fué. —Yo creo—se dijo Sildio al quedar solo— que aquí cuadra bien el verso.

“... ni engañes al
afligido”.

Porque este hombre se halla afligido, darle nuevamente la moneda de oro es engañarlo. No cabe duda de que la moneda me serviría para todo, si la usara sin escrúpulos; pero si he de respetar, como debo, los escritos, poco o nada haré con ella...

—Empiezo a penetrar en la sabiduría que, sin la menor duda, encierran estos versos. Ahora—siguió pensando—es el caso de saber cómo me las arreglaré para vivir estable en algún sitio; porque, si he de usar mi tesoro sólo por necesidad, debo forzosamente que trabajar y fijar mi residencia en alguna parte. Mi padre decía que el que no trabaja es un mal hombre y no es posible que, valido de su moneda, me convirtiera yo ahora en un holgazán.

En ese momento pasaba por un gran campo sembrado de hortalizas, legumbres y cereales, y resolvió entrar, proponiéndole al dueño que le dejará demostrar su habilidad en las labores de la tierra.

Aceptado su ofrecimiento, la primera preocupación de Sildio fué asegurar la moneda del riesgo de perderla, que consideró segura, en unión de los versos, envolviéndola en un pañuelo y metiendo el pañuelo en el bolsillo del pantalón.

Tanto, con tal habilidad y tan grande ahinco trabajó Sildio, que el patrón fue cobrándole cada día más afecto y más confianza.

EL BUEN TRABAJADOR ES CALUMNIADO

Era Sildio el primero en levantarse, y él que mejor y con más entusiasmo trabajaba.

A los tres años justos de trabajar Sildio allí, cada vez más apreciado por el propietario y su familia, tuvo un serio disgusto.

Una tarde, en ausencia del patrón, llegó un carro cargado de papas para sembrar.

La dueña de casa ordenó a Sildio que recibiera la mercadería.

Pero, al regresar el dueño y verificar la exactitud de la entrega, comprobó que faltaba una bolsa.

—Esto no tiene disculpa, Sildio—exclamó.—¡Tú no has contado ni has pesado!

—He contado y he pesado—contestó Sildio.—Alguien quitó la bolsa de su sitio.

—¡No es posible!—afirmó el dueño.

—Bien, señor—dijo Sildio.—Me iré ahora mismo de su casa, y antes pagaré lo que falta.

Sacó su envoltorio, y preguntó:

—¿Estará bien que le dé esta moneda de oro?

—Cierto que estará bien,—exclamó el propietario.

—No vale menos lo que ha desaparecido y el disgusto que me has causado.

—Aquí está la moneda,—dijo Sildio—, y ya sabrán que no soy capaz de un robo.

REHABILITACION Y MERECIDO PREMIO

Fuése el laborioso joven, y, después de andar un rato, metió la mano en el bolsillo y sonrió. Ya estaba allí la moneda.

La extrajo, la besó, y resolvió aguardar al enojado propietario.

En efecto, no tardó mucho en aparecer por el camino, gritando:

—Dime, Sildio, ¿Qué ha ocurrido? Tú me diste la moneda, y yo la guardé; estoy seguro de que la guardé... ¡y la moneda ha desaparecido sin que nadie la tocara!...

Sildio sacó del bolsillo la moneda y se la presentó en la palma de la mano.

—¡La moneda!...—exclamó el amo.—Esto es un milagro. Tuve un mal momento, lo reconozco, y he tenido mi castigo.

—¿Así que ya no piensa que soy un ladrón?

—¡Perdóname, te lo suplico!... Un peón había llevado la bolsa al huerto. Ya se aclaró todo... Pero esto, tan extraño, de la moneda, ¿cómo puede explicarse?

—Dios ampara al inocente—contestó Sildio.

—Bien—dijo el patrón;—¡quédate en mi casa! Ven, entra conmigo como dueño. Juntos compartiremos los frutos de estas tierras y viviremos siempre en paz, como buenos amigos!

Como enseñaba Licurgo

Rogaron una vez al sabio Licurgo que pronunciara un discurso sobre las ventajas de la educación, con objeto de que el pueblo, influido por su autorizada voz, se dedicara a enseñar a sus hijos las reglas de la buena moral. Accedió el sabio a ello, más pidió un año de plazo. Pero, ¿es que acaso no improvisaba en dos minutos arengas que conmovían y arrastraban a las muchedumbres? Sin embargo, se convino en acordarle el plazo que deseaba.

Pasado el año, se presentó Licurgo en la plaza pública donde el pueblo lo esperaba ansioso. Llegó llevando dos perros y dos liebres. Sin decir palabra, soltó una liebre y enseguida un perro. Este se lanzó sobre el pobre animalito y lo mató, devorando sus entrañas aún palpitantes.

Luego dió libertad a la otra liebre y al segundo perro. No hizo este can lo de su compañero, sino que se acercó a la liebre, le prodigó mil caricias y se

puso a jugar con ella, como si fuera su mejor amigo. Entonces Licurgo dijo:

He aquí los efectos de la educación. He pasado un año educando a este perro y enseñándole a que no haga daño a la liebre. El otro no ha sido educado: por eso no obedece sino a instintos brutales. Igual al primer pe-

rro, el hombre sin educación se deja arrastrar sólo por sus pasiones y vorará todo lo que se oponga a e Escoged, pues, y ved qué queréis c sean vuestros hijos.

El pueblo, entusiasmado, llevó a curgo en hombros.

Era una gata

COMEDIA



Personajes: Agapito y Canuto

Agapito. *Entra por la puerta izquierda*

Canuto. *Entra por la otra puerta, con una escopetilla de juguete en la mano.*

Agapito.

Dónde va Ud.?

Canuto.

Voy a cazar.

Agapito.

Y Ud. caza?

Canuto.

Ya lo creo! Soy un gran cazador. Oiga lo que me ocurrió en una partida de caza. Una mañana que no tenía nada que hacer, tomé mi fusil, llamé a mi perro ñato como Ud. . . (*Agapito se toca la nariz*) y me fui al bosque.

Agapito.

A qué bosque?

Canuto.

Al Bosque de los Niños. . . pasé tres noches y tres días en él. . .

de repente vi un bulto negro. me escondí detrás de un árbol. el bulto caminaba hacia mí. y cuando estuvo cerca. . . preparé mi fusil. . . apunté y. . . zás. el bulto negro pegó un salto grande y cayó a mis pies gritando ¡miiuuuuuuu!.. Sabe U qué animal era?

Agapito.

Sería un elefante?

Canuto.

¡No, hombre! Gritó: ¡miiuuuu! (*Produce un grito raro*).

Agapito.

¡Ah!.. entonces sería un chanclo

Canuto.

¡No, hombre!.. gritó. . . fije bien. Miauuuuuuuu!

Agapito (*procura imitar el grito*)

¡Miauuu miauuuu! Ah. . . sería un ternero?

Canuto.

¡No, hombre! escuche: pasé tres días y tres noches en el Bosque de los Niños. . . de repente vi un bulto negro. . .

Agapito.

(*Simula prestar mucha atención*) ¡Un bulto negro!

Canuto.

Me escondí detrás de un árbol

Agapito.

(*Simulando mucha atención*)

Ud. Se escondió...

Canuto.

El bulto caminaba hacia mí.

Agapito.

El bulto caminaba...

Canuto.

Lo dejé acercarse...

Agapito.

Lo dejó acercar.

Canuto.

Cuando estuvo cerca... preparé mi fusil... apunté... hice fuego y ¡zás!

Agapito.

(*Da un salto*) ¡zás!

Canuto.

El bulto negro pegó un salto grande, grande, grande...

Agapito.

(*Salta ridículamente*)

Canuto.

Y cayó a mis pies gritando: ¡miau! (*Imita lo posible el maullido del gato*)

Agapito.

Ahora ya sé... era un gato.

Canuto (*riéndose*).

No, señor, no era gato.

Agapito.

Si hacía miauuu... (*imitando el maullido del gato*) no podía ser otra cosa que un gato.

Canuto.

No señor, no era un gato

Agapito.

No podría ser otra cosa, tenía que ser un gato.

Canuto.

Pues no era gato.

Agapito.

Qué era entonces? (*enojado*)

Canuto.

(*Se ríe, burlándose de Agapito*). No sabe que era?... Se da por vencido?

Agapito.

No puede ser más que un gato. (*Enojado*).

Canuto.

No era un gato... (*burlándose*) Era una gata.

(*Salen riéndose*).

